

La transición-anexión de la República Democrática Alemana

Ignacio Sotelo¹

RESUMEN

Difícilmente caben dos transiciones de la dictadura a la democracia más diferentes que la española y la de la antigua RDA. En la española no cambia nada en la organización socioeconómica, ni en la estructura del Estado, y la de la RDA vino marcada por una intromisión directa del otro Estado alemán que transplanta su organización socioeconómica y política. La unificación fue posible en un tiempo récord, gracias a las negociaciones de Kohl con Gorbachov. La dificultad mayor era privatizar toda la riqueza del país. En febrero de 1990 el Gobierno de la RDA puso en marcha una compañía fiduciaria *Treuhandgesellschaft*, que se convirtió en la propietaria de todo el patrimonio de la RDA, pasando después de la unificación a depender del Ministerio de Hacienda, con la capacidad de decidir qué vendía, a quién y a qué precio. La privatización de los bienes públicos constituye el mayor negocio para los amigos de los gobernantes, pero cuando lo que está en venta es un país entero, la corrupción sobrepasa con mucho los contactos personales. La anexión de la RDA costó muchísimo a los ciudadanos alemanes, pero significó también un colosal negocio para las grandes empresas. Los enormes costos los pagaron todos, los también enormes beneficios recayeron en unos pocos.

Palabras claves: Transición, anexión, privatización, *Treuhandgesellschaft*, bloque soviético, reestructuración, transparencia, Gorbachov, Kohl, construcción y caída del Muro, costo de la unificación, corrupción.

ABSTRACT

Hardly there are two transitions from dictatorship to democracy more different than the Spanish and the former GDR. In Spanish does not change the

¹ Profesor Emérito de Ciencia Política de la Universidad Libre de Berlín y Catedrático de Sociología excedente de la Universidad Autónoma de Barcelona. E-mail: ignacio.sotelo@snaflu.de

socio-economic organization or the structure of the state, and the GDR was marked by direct interference of the other German state that transplanted their socioeconomic and political organization? The unification was possible in a record time, thanks to Kohl negotiations with Gorbachev. The greatest difficulty was to privatize all the wealth of the country. In February 1990 the GDR government launched a trust company, *Treuhandgesellschaft*, which became the owner of all the assets of the GDR, passing after unification under the Ministry of Finance, with the capacity to decide which sold, to whom and at what price. The privatization of public goods is the biggest deal for friends of the governors, but when what is for sale is a whole country, corruption far exceeds personal contacts. The annexation of the GDR took much money to the Germans, but also meant a huge business for large companies. Everybody paid huge costs, the huge profits also fell on a few.

Keywords: Transition, annexation, privatization, *Treuhandgesellschaft*, Soviet bloc, restructuring, transparency, Gorbachev, Kohl, construction and fall of the Wall, the unification cost, corruption.

Difícilmente caben dos transiciones de la dictadura a la democracia más diferentes que la española y la de la antigua RDA. La primera se llevó a cabo desde la legalidad en las Cortes orgánicas, bajo los auspicios del sucesor designado, con el apoyo decisivo de los sectores reformistas del franquismo y el consentimiento de una buena parte de la población, que únicamente aspiraba al fin de la dictadura de la manera menos traumática posible, manteniendo incólume orden social, modelo económico y aparato estatal. En cambio, en la RDA la transición vino marcada por una intromisión directa del otro Estado alemán, que, sin el menor cambio, logró sustituir el modelo económico, político, estatal-administrativo existente por el de la RFA. En aguas de borrajas quedó el afán de los sectores más conscientes de la Alemania del Este y de una, por cierto escasísima minoría de izquierda de la Alemania occidental, de converger en un nuevo modelo que combinase lo mejor de cada sistema, a partir de una negociación de ambos Estados en pie de igualdad.

En agosto de 1990, dando ya la RDA las últimas boqueadas, Gustavo Villalpalos, Rector de la Universidad Complutense, junto con su colega Heinrich Fink, el primer Rector elegido en elecciones libres en la Universidad Humboldt de Berlín –destituido luego en 1992, al descubrirse que había colaborado con el Ministerio de Seguridad del Estado (MfS)– organizan unas jornadas en las que dos protagonistas de la transición y algunos científicos sociales venidos de Madrid expusieron en Berlín la transición española como modelo a imitar. Al quedar claro que nadie perdió su puesto por haber colaborado con la dictadura, ni siquiera los empleados en el Partido-Movimiento o en los

sindicatos verticales disueltos que fueron acogidos en el aparato del Estado, ni que decir tiene que la transición española les pareciese el modelo ideal a los allí presentes que habían colaborado en posiciones relevantes con la dictadura comunista.

En la transición española no cambia absolutamente nada en la organización socioeconómica ni en la estructura administrativa: “desde la legalidad a la legalidad”, como oficialmente se dijo, es decir, desde el capitalismo al capitalismo y desde la Monarquía a la Monarquía, aunque saltándose el principio dinástico de sucesión, que desde un enfoque monárquico algo debiera haber importado. A pesar de una ley electoral hecha a la medida, en las primeras elecciones del 15 de junio de 1977 el Gobierno no consigue la mayoría absoluta, ni el Partido comunista se consolida como el mayor partido de la oposición, tal como la entente Suárez-Carrillo esperaba, lo que en las condiciones de la *guerra fría* hubiera significado quedar condenado a esta función para largo. Al franquismo le hubiera seguido, así, por mucho tiempo en el poder el franquismo reformista y reformado.

Con la primera intervención del pueblo español no quedó otro remedio que negociar una nueva Constitución que, además de salvaguardar la Monarquía y el modelo de transición que hasta entonces se había puesto en marcha –los principios básicos de la Ley de la Reforma política, la última Ley Fundamental del franquismo, se incluyeron en la nueva Constitución consensuada–, garantiza la libertad y los derechos fundamentales de las personas y la gran novedad de una profunda descentralización con el Estado de las Autonomías. En cambio, en la Alemania del Este nada persiste de su sistema económico, social y político, transplantándose el modelo occidental a la Alemania oriental sin la menor corrección. Más que una transición, ocurrió una anexión, en la que colaboraron una buena parte de la clase política con el apoyo mayoritario de la población, incluso más la del Este que la del Oeste. Los alemanes del Este creyeron en que bastaba la asunción de las mismas instituciones y las mismas estructuras socioeconómicas para disfrutar de pronto del mismo bienestar que la Alemania occidental.

Para entender cómo un Estado pudo entregarse a otro sin otra garantía que la expectativa de prosperidad que se espera alcanzar de inmediato, y encontrar las razones para semejante ingenuidad, hay que lanzar una mirada atrás. El que en dos años se desplomase todo el bloque soviético puso de manifiesto, tanto la inferioridad patente de su modelo socioeconómico –colectivismo burocrático– como del político –dictadura de una gerontocracia–. Que Gorbachov abriese las ventanas de par en par para que entrase la luz –*glasnos*– y así, al conocer las deficiencias más graves, poder acometer la tarea descomunal de transformar el sistema por completo –*perestroika*–, trajo consigo el que se desplomara el edificio.

Tenía que estar ya muy carcomido para que se produjera tan rápido derrumbe. Pero ¿desde cuándo quedó patente tamaña fragilidad? El punto de inflexión en que el modelo soviético muestra ya una decadencia, que con el paso de los años se va a hacer cada vez más evidente, es la construcción del Muro de Berlín, el 13 de agosto de 1961. Después de haber negado por activa y por pasiva que se tuviera la menor intención de cerrar la frontera de Berlín, la única que permanecía abierta, debido a la ocupación cuatripartita de la ciudad, por sorpresa en una noche se colocaron 45 kilómetros de alambradas que dividían la ciudad, más los 115 que separaban a Berlín occidental del territorio de la RDA; el Muro mismo tardó semanas en construirse. Una verdadera hazaña de rapidez y precisión que dirigió Eric Honecker, que luego sucedería a Walter Ulbricht como secretario general del partido y Jefe de Estado. De haberlo sospechado la población, o de no haber cerrado la ciudad en una noche, miles y miles hubieran abandonado la RDA.

Justamente, mientras que los jóvenes mejor preparados, al terminar los estudios, escapasen en tropel a la República Federal, parecía imposible superar la pobreza y el estancamiento. La inmigración proveniente del Este fue un factor de primera importancia, sin el que no se explica el llamado *milagro alemán* de los años cincuenta. Por trágico que fuese reconocerlo, al tener que enterrar tantas ilusiones sobre el resultado de los enormes sacrificios impuestos para la construcción de un nuevo orden que se pensaba más eficaz y justo, el trágico dilema era cerrar el grifo, o renunciar definitivamente a competir con Occidente. A pesar del enorme desprestigio que suponía para todo el bloque comunista, la Unión Soviética no tuvo más remedio que autorizar la medida.

En aquellos días me encontraba cerca de Bonn, en un congreso mundial de estudiantes, representando a la FUDE (las siglas me parece que eran de la Federación universitaria democrática española), cuando en la mañana del 13 de agosto recibimos una invitación del Gobierno Federal para trasladarnos a Berlín y ser testigos directos de lo que estaba ocurriendo. Se organizó una gran trifulca porque la mayoría de los delegados de África y América Latina, de ideología revolucionaria o infiltrados por los partidos comunistas, alegaban que aceptar la invitación suponía hacer el juego a la propaganda *imperialista* y que, por lo demás, los países socialistas tenían derecho a defenderse de los ataques del exterior. En este fuego cruzado de propagandas –en aquellos años de la *guerra fría* todo se veía con anteojos burdamente ideológicos– fui de los pocos que aceptaron la invitación, convencido de que lo mejor para hacerse una opinión de lo que estaba ocurriendo era observarlo directamente. Pocos meses antes había visitado la ciudad por vez primera y había quedado impactado ante el contraste entre el Berlín oriental, que en el lenguaje ideológico de entonces se autodenominaba *democrático*, y el Berlín occidental, llamado *libre*. Mis simpatías iban por el socialismo, pero era difícil reconciliarse con

tanta pobreza y menos aún con la enorme tristeza que se filtraba en los rostros de la gente.

A un lado y otro de la alambrada, se habían estacionado tanques soviéticos y norteamericanos, anunciando que en cualquier momento podría estallar la tercera guerra mundial, que, sin embargo, parecía remota, al observar como los tanquistas rusos y americanos se tiraban caramelos entre ellos y se hacían bromas. En Berlín occidental –al oriental no pude pasar– la población estaba consternada. Volví convencido de que, si bien cerrar la frontera rompía los acuerdos cuatripartitos, era, sin embargo, una señal clara de debilidad del bloque comunista y lo más desatinado hubiera sido tratar de impedirlo, recurriendo a las armas. Por vías diplomáticas ya se encontrarían soluciones que no amenazasen el mantenimiento de la paz, sin duda el bien principal, pero sobre todo indispensable en un mundo nuclear basado en la “disuasión por el terror”.

Cerrar herméticamente la frontera, por grande que fuese el descrédito que comportase, parecía la única solución para avanzar en la construcción del socialismo. En el Este se daba por descontado que una medida tan impopular desaparecería tan pronto como se hiciera patente la superioridad del propio sistema, y entonces el movimiento migratorio iría en sentido inverso, el proletariado explotado acudiría en masa al paraíso comunista. La propaganda del Este presentaba el Muro como una medida provisional de autoprotección, necesario mientras fuese manifiesta la inferioridad del bloque socialista, que la propaganda oficial atribuía exclusivamente a los ataques del exterior. Pero, según pasaron los años y el nivel de vida occidental subía y el del Este permanecía estancado, aumentaba en la población el afán de escapar. Cuánto más necesario se hacía el Muro para sostener el régimen, menos verosímiles parecían las explicaciones que se daban para legitimarlo.

La construcción del Muro cambió las tornas, trasladando a Occidente las expectativas de un mundo mejor. Para la Alemania federal, y en general para el mundo occidental, el Muro significó la confirmación en cemento del fracaso del comunismo. En la Europa occidental, no así en el mundo subdesarrollado recién liberado del colonialismo, se hundió la esperanza de que, tomando como modelo al soviético, cupiese construir un orden más eficaz y justo. La mayor parte de la clase obrera de la Europa occidental se acomodó al orden socioeconómico establecido, sin que hubiese mucho de qué quejarse mientras subieran los salarios y el Estado social se expandiera a gran velocidad; en la Europa oriental, en cambio, la única esperanza era vivir un día holgadamente en libertad, si se lograba llegar al mundo occidental.

Alemania occidental ganó la batalla ideológica, pero al precio de perder el aporte masivo de mano de obra cualificada que habla la misma lengua y tiene la misma cultura. El “milagro alemán” no se entiende sin los compatriotas

obligados a abandonar los territorios de la Europa del Este y sin los huidos de la Alemania oriental. Para la Alemania Federal la consecuencia más grave de la construcción del Muro fue verse obligada a importar en grandes cantidades mano de obra extranjera. El que en buena medida proviniera de Turquía se debió a la presión directa de Estados Unidos, que con ello pretendía ayudar a su principal aliado en la frontera con la Unión Soviética. La llegada de más de cuatro millones de turcos ha sido una de las secuelas del Muro todavía actual, pero de la que poco se habla.

El Muro duró 28 años. El cómo y el momento de la apertura sorprendió a todos, al resultar de una serie de circunstancias que se combinaron de forma tan fortuita como imprevista, sin que, al parecer, nadie la planeara al menos de la forma en que sucedió. Hasta bien avanzado el año 1989 nadie pensó que el muro podía caer en un plazo previsible. Prueba de ello es una pequeña historia, prácticamente desconocida en España. Poco después de inaugurarse en 1943 la Embajada de España en Berlín fue bombardeada y, excepto la parte reconstruida para consulado general, permaneció durante decenios semidestruida. Según me contó Bernard Vogel, entonces Presidente de la Fundación Konrad Adenauer, en 1988 se empezó a negociar, y a principios de 1989 se estaba a punto de llegar a un acuerdo con España, para que la Fundación reconstruyera el edificio y lo ocupase durante 99 años, dejando espacio para albergar el consulado y un instituto español de cultura. Ante la pregunta de un funcionario del ministerio de asuntos exteriores de qué pasaría si se reunificasen los dos Estados alemanes y la capitalidad volviese a Berlín, la parte alemana manifestó que no habría inconveniente en devolver el edificio reconstruido para que sirviera de embajada de España.

No se concluyó el acuerdo, las cosas de palacio van despacio, y a partir de la primavera de 1989 fueron los alemanes los que ya no estuvieron dispuestos a firmarlo.

El motor que puso en marcha todo el proceso fue sin la menor duda la política de “reestructuración y transparencia” que inició Gorbachov para sacar a la Unión Soviética de la profunda crisis en que se debatía, que la presión armamentística de la América de Reagan potenciaba al máximo. Para poner en marcha, sin paños calientes, una reforma radical de todo el sistema había que empezar por desprenderse de la pesada carga que, para la Unión Soviética, representaban los Estados socialistas de su órbita. La gran paradoja era que los países del Este percibiesen la integración económica en el COMECON como una dura imposición de la potencia hegemónica, a la vez que ésta la sentía como una carga cada vez más gravosa. Una reestructuración profunda del sistema exigía empezar por detectar la dura realidad que la propaganda había ocultado desde el primer día. El comunismo soviético se desmorona,

justo cuando, para remozarse, trata de desprenderse de los países satélites que explota y, sin embargo, vive como una carga su dominación.

Ahora bien, una operación que pusiese en evidencia los males del sistema para luego tratar de remediarlos sólo podría tener éxito si cada país la realizaba por su cuenta y riesgo. En el verano de 1989, Gorbachov no dejó la menor duda de que la Unión Soviética no intervendría en las cuestiones internas de sus aliados. Esto repercutió de forma muy distinta en cada uno de estos países, aunque la tónica general, como cabía esperar, era no llevar la transparencia al extremo de que pusiese en cuestión a cada *nomenclatura* en el poder. En la RDA, la situación era especialmente complicada, al tratarse de una parte de una nación dividida. Los poderes constituidos tenían que rechazar las reformas que demandaba Gorbachov, ya que el menor cambio podría ser altamente desestabilizador. En el fondo, las autoridades sabían, como el resto del mundo, que el régimen únicamente podía sostenerse con el apoyo directo de la Unión Soviética; abandonado a su suerte, como implicaba la política de reestructuración de Gorbachov, no podía durar mucho.

Al embajador de España en Berlín Oriental, Alonso Álvarez de Toledo, se le ocurrió la brillante idea de invitar una vez al mes a un plato típico español —una fabada, unas lentejas o un cocido madrileño— a intelectuales de prestigio, acompañados siempre de los correspondientes comisarios políticos para evitar cualquier sospecha de conspiración. Recuerdo que en estas reuniones, a las que el embajador tuvo la amabilidad de invitarme, iba en aumento la tensión entre escritores y artistas, por un lado, y el aparato político, por otro. Los intelectuales elogiaban las libertades que poco a poco se conquistaban en la Unión Soviética, mientras que los funcionarios permanecían con la boca sellada, al no poder manifestarse de acuerdo, pero tampoco dispuestos a romper el tabú de no criticar a la Unión Soviética.

Como la permanencia de una RDA sin el apoyo soviético parecía hartamente improbable, y resultaba inconcebible que pudiera enfrentarse a la potencia protectora, ni siquiera que pudiera negarse a seguir fielmente sus pasos, me hundí en un mar de dudas sobre el futuro del Estado socialista alemán.

Las esperanzas de renovación que despertaba la política de Gorbachov, junto con el empeño de Honecker de impedir cualquier movimiento de renovación, trajeron consigo el que la población que se sentía protegida, incluso animada por la Unión Soviética, se distanciara a gran velocidad del partido y del aparato estatal. La ruptura llegó a su punto álgido, justo el 7 de octubre, cuando en el Palacio de la República se celebraba el banquete oficial del 40 aniversario de la fundación de la RDA, con la asistencia de Gorbachov y todos los jefes de Estado de los países del bloque oriental, autoridades nacionales y cuerpo diplomático acreditado. Antes de que una manifestación contra el gobierno, de apoyo a Gorbachov al grito de “Gorby”, “Gorby”, pudiese ro-

dear el edificio, los servicios de seguridad soviéticos decidieron sacarle de la sala. Los de los otros Jefes de Estado tampoco iban a tolerar el menor riesgo, así que, uno tras otro, fueron abandonando el edificio, quedando en la sala al empezar la comida solo las autoridades germano-orientales y el cuerpo diplomático. Después de tamaño desaire, que puso de manifiesto el total aislamiento de la RDA, el 18 de octubre se obligó a Honecker a dimitir, en realidad el cohete que anuncia el pronto final de la República, fundada cuarenta años antes. Una población cada vez más segura de que la Unión Soviética impediría una brutal represión se atreve a sacar a la calle el malestar acumulado durante decenios. Cada vez más numerosas y frecuentes, las manifestaciones se expanden por todo el país. El 9 de octubre se manifiestan 70.000 personas en Leipzig, el 4 de noviembre ya fueron medio millón en Berlín oriental.

El Muro cae por la política de Gorbachov, que abre la perspectiva de un socialismo distinto y, con ello, la puerta a los que quieran irse. En los primeros siete meses de 1989 se autorizó a 48.000 personas a abandonar Alemania Oriental y 9.000 lo consiguieron de manera ilegal. Estas concesiones no hicieron más que aumentar el número de los que querían salir, refugiándose cientos en las embajadas germano occidentales de Varsovia, Praga y Budapest, hasta que el 23 de agosto no hubo más remedio que entreabrir la frontera entre Hungría y Austria.

La incapacidad del nuevo Jefe de Estado, Egon Grenz, y de la gerontocracia en el poder quedó patente cuando se les escapó de las manos la decisión más importante que tenían que tomar: en qué condiciones y cuándo había que dejar salir a los que quisieran abandonar la República. La situación era insostenible y el Gobierno preparaba una ley que permitiera salir del país con solo mostrar el documento de identidad. Poco antes de las siete de la tarde del 9 de noviembre, Günter Schabrowski, miembro del politburó y del comité central, anunció en una emisión televisiva en directo que desde ya se podía cruzar la frontera sin otro requisito que el documento de identidad.

Docenas de miles acudieron a los puestos fronterizos, sin que la policía de fronteras hubiera recibido indicación alguna de cómo debía comportarse.

Algunas horas más tarde, presionados por una enorme marea humana, abrieron la frontera ya sin control alguno.

Aquella noche miles y miles aprovecharon el desconcierto total en la cúspide para vivir la emoción de conocer el mundo del otro lado del Muro. Realmente cayó cuando, después de recorrer el centro de Berlín occidental, a altas horas de la madrugada, por completo agotados, sin pedir asilo político —el gran temor del Gobierno de la República Federal es que al abrirse el muro sin control, se encontrasen de pronto con un millón de asilados— la mayor parte volvieron normalmente a casa, despidiéndose con un hasta mañana, convencidos de que ya nadie se atrevería a cerrar el Muro. En suma, la caída del Muro

es la consecuencia de dos políticas opuestas, la de las reformas y la de impedir cualquier modificación por muy insostenible que fuese la situación. Gorbachov y Honecker, el uno sin oponerse directamente y el otro oponiéndose por completo, fueron los artífices de la caída del Muro.

La crisis letal del comunismo quedó ya patente al haber tenido que construir el Muro para persistir; su derrumbe es solo la última consecuencia de treinta años de declive. Es tal su fragilidad que el mero intento de reformarlo lleva a su desmoronamiento, por hallarse el régimen en las últimas, aunque sorprendentemente dentro y fuera de la Unión Soviética pocos lo supieran. El rearme acelerado al que obligó Reagan no supuso más que la puntilla a un toro ya moribundo. No puedo entrar en la cuestión, hartamente compleja y que en buena parte sigue permaneciendo en la penumbra, de por qué fracasó el modelo soviético. Es un tema que exige algo más que afirmar simplemente que cualquier sistema distinto del capitalismo hubiera estado también condenado a desaparecer.

Pero no solo el bloque soviético se desplomó de manera inesperada, es que también la unificación de los dos Estados alemanes que surgieron de la ocupación cuatripartita –y no reunificación de Alemania, como a menudo falsamente se dice, ya que no se volvió a las fronteras de 1937– se produjo de manera muy distinta de la esperada, un hecho que ha marcado de manera decisiva los años posteriores. Se contaba con que una Alemania oriental verdaderamente democrática, y no solo de nombre, una vez que ambos Estados hubieran recuperado la plena soberanía, negociarían el camino que les llevase a su unificación.

A los 20 días de la caída del Muro, el canciller Kohl presentó un plan de diez puntos, en el que, pese a ser muy consciente del riesgo que corría en un contexto internacional marcado por la crisis interna de la Unión Soviética, daba por descontado que el proceso duraría varios años. La unificación llegaría ciertamente, pero nadie sabía cómo ni cuándo. El sueño de una minoría de izquierdas que se cifraba en que la unificación de los dos Estados alemanes en una Alemania nueva hubiese facilitado la fusión de lo mejor del capitalismo con lo mejor del socialismo se hundió inmediatamente en un proceso acelerado de unificación. Se esfumó el modelo de unificación que durante decenios se había manejado en la Alemania occidental, una refundación con una nueva Constitución, junto con el sueño de la izquierda en ambos Estados que apostaba por una “tercera vía”, convergente de los dos sistemas.

Tres factores cambiaron en pocas semanas la dirección del proceso. 1. En cuanto se abrió la frontera, se inició un éxodo hacia Occidente –medio millón de personas hasta las elecciones de marzo de 1990– que, dada la dependencia económica de la RDA de un COMECON (1949-1991) a punto de desmoronarse, se suponía que iría en rápido aumento.

2. La victoria de la democracia cristiana en las primeras y únicas elecciones libres de la RDA –en el fondo, las elecciones las ganó Kohl– que puso de relieve la voluntad mayoritaria de integrarse lo antes posible y sin condiciones en la República Federal.

3. A la renuencia de los aliados europeos a convivir en un futuro próximo con una Alemania unida –sobre todo el Reino Unido de Thatcher y la Francia de Mitterrand eran opuestos a una pronta unificación–, mientras que Estados Unidos únicamente la apoyaba si la Alemania unida permanecía en la OTAN y en la Comunidad Europea, dos condiciones a las que la Unión Soviética siempre se había opuesto.

La unificación fue posible en un tiempo récord, gracias a que Kohl negoció solo con Gorbachov, llegando a un acuerdo por el que la Unión Soviética reconocía la soberanía plena de la Alemania unida para mantener las alianzas que considerase oportunas, y Alemania aceptaba las condiciones de la Unión Soviética concernientes a la prohibición de armas nucleares, biológicas y químicas, y una reducción de los Ejércitos a un máximo de 370.000 soldados –los de los dos Estados sumaban 530.000– y corriese con los costos que ocasionase la salida de los 400.000 efectivos soviéticos de Alemania Oriental. Hubiera sido lo oportuno haber otorgado en este momento el premio Nóbel de la paz a Gorbachov y Kohl.

Hay que empezar por recalcar que la unificación se llevó a cabo, tratando de reducir a un mínimo las mudanzas en la vieja República Federal. Si hubo disposición a pagar lo que fuese necesario, en cambio no a modificar lo más mínimo las estructuras económicas, sociales, políticas existentes, aunque ello implicase forzar a que la antigua RDA encajase en el modelo occidental sin la menor concesión a sus peculiaridades. Para ello, la ruta impuesta establecía que la Alemania socialista empezase por autodisolverse, de modo que cada uno de los Estados federados resultantes pudiera ser anexionado, sin que la estructura política, social y económica de la República Federal cambiase lo más mínimo. En vez de una negociación entre dos Estados para configurar uno nuevo, se recurrió al artículo 23 de la Ley Fundamental de Bonn que permitía anexionar cada uno de los 5 Estados Federados en los que la república unitaria del este se había autodisuelto. Luego se suprimió este artículo para evitar la sospecha de que en el futuro el procedimiento pudiera repetirse en cualquier otro país germánico, como, por ejemplo, con Austria.

Se renunciaba con ello a la que había sido la más traída y llevada aspiración del pueblo alemán: recobrada la soberanía, darse por fin una constitución. A la Ley Fundamental vigente no se la considera tal porque en su elaboración no participaron representantes de todo el pueblo alemán, y además los aliados occidentales no permitieron que fuese ratificada en referéndum. La Constitución alemana de facto carece de legitimidad en el sentido más estricto,

pero soportar estas deficiencias era imprescindible para garantizar que nada cambiase.

Desde el principio, Alemania supo que la unificación iba a costar mucho, aunque luego el precio resultase muchísimo más alto de lo calculado. La primera consecuencia de la unificación fue económica. Aunque se ampliase el mercado interno, el enorme gasto público que la unificación trajo consigo ralentizó el crecimiento durante muchos años. A pesar de la crítica aniquiladora del nacionalismo que impuso la derrota, el sentimiento de constituir una nación estaba lo bastante arraigado para que el altísimo gasto público no fuese un impedimento. En efecto, muy pocos se opusieron a la unificación por los enormes costos que originaría, pero explica que la euforia en el Oeste fuese mucho menor que en el Este. Según el periódico *Berliner Morgenpost* de 17 de septiembre de 2009, en una encuesta hecha para el semanario *Stern*, el 16 % de los alemanes occidentales y el 10% de los orientales preferían que los dos Estados alemanes hubieran seguido existiendo; incluso el 15% de los cuestionados expresó el deseo de que se volviera a levantar un Muro que mantuviera a cada cual en su sitio. Seguro que, si la encuesta se hiciera en alguno de los países vecinos, estos porcentajes serían mucho más altos.

La anexión de la RDA costó muchísimo a los ciudadanos alemanes, todavía en la antigua RFA se paga un impuesto especial, llamado de solidaridad para el Este, pero significó también un colosal negocio para las grandes empresas alemanas. Los enormes costos los pagaron todos, los también enormes beneficios recayeron en unos pocos. La transición de la RDA, decía al principio, en nada se parece a la española, por constituir su meollo el difícilísimo tema de la privatización de la industria, el comercio, los bancos, las compañías de seguros, los bienes inmuebles, el suelo edificable, la tierra de labor. Absolutamente todo. Una riqueza que superaba los dos millones de millones de marcos. Se puede expropiar toda la riqueza de un país con un solo decreto, pero devolverla a manos privadas es una operación muchísimo más compleja que exige tino y tiempo. La cuestión clave era a quién pertenecía esta riqueza y en qué personas privadas debía recaer. En principio, el pueblo, “Volkseigene Betriebe” VEB, “empresas del pueblo”, rezaba la denominación oficial, pero en realidad el propietario de hecho era el Estado, administrado por los que detentan el poder, y éstos decidirían quiénes serían los beneficiarios de las privatizaciones y en qué condiciones.

Surgió así en la nueva clase política surgida del proceso de democratización de la RDA dos posiciones enfrentadas: los que consideraban la riqueza colectiva propiedad del pueblo y habría que crear mecanismos para distribuir-la entre la gente, tanto con repartos individuales, como creando sociedades anónimas, cooperativas y otras formas de asociación económica; y los que

consideraban propietario al Estado y éste sería el encargado de deshacerse de los bienes públicos vendiéndolos a personas y sociedades privadas. Para llevar adelante esta política la dificultad radicaba en que los ciudadanos de la RDA no tenían capital, ni existían sociedades privadas para comprar esta enorme riqueza que había que privatizar para convertir el colectivismo burocrático anterior en una economía capitalista normal.

La idea que surge en la izquierda democrática de la RDA, y que en febrero de 1990 el Gobierno puso en marcha, fue la creación de una *Treuhandgesellschaft*, una compañía fiduciaria (*holding*), que se encargaría de gestionar la propiedad del pueblo, que luego en un referéndum se decidiría la forma de que esta riqueza privatizada llegara a la gente. El primero de julio la *Treuhandgesellschaft* se convirtió en la propietaria de todo el patrimonio de la RDA, la única institución de la RDA que sobrevive a la unificación, eso sí dirigida por ejecutivos occidentales, los únicos que estarían en condiciones de manejar la nueva economía de mercado.

La situación económica de la RDA era muy crítica: tenía una deuda externa de 34.000 millones de marcos occidentales y las empresas debían 200.000 millones. La RFA no estaba dispuesta a prestar a la RDA un solo marco para ayudarla a salir del atolladero. Kohl dijo literalmente que “no estoy dispuesto a invertir buen dinero en un sistema malo”. La alternativa que ofrece es la unión monetaria, el marco occidental sustituiría al oriental, aunque nadie ignora que esto supondría el que quebrasen todas las empresas orientales. La unificación por la vía rápida empezó por cambiar un marco oriental por uno occidental, cuando la relación era de uno a cinco, para alegría inmediata de la población del Este que veía salvados sus pequeños ahorros, pero con la consecuencia querida de desmantelar de un plumazo toda la economía de la antigua RDA.

Un trabajador que ganaba 1000 marcos orientales, es decir, 200 marcos occidentales, a partir del 1 de julio recibe 1000 occidentales, cinco veces más, pero a los pocos días de la Unión monetaria, 220.000 personas quedaban sin trabajo, 100.000 se jubilan anticipadamente y cada semana aumenta el paro en 40.000. Una buena parte de la población pierde el puesto de trabajo, con el mensaje repetido de que la “economía de mercado” pronto los iría creando. Enormes inversiones públicas en mejorar las infraestructuras no han servido para hacer realidad las falsas expectativas de entonces, y ello porque, en un mundo ya globalizado, los nuevos Estados federados han tenido que competir con una Alemania occidental, cuya capacidad productiva basta para abastecer a las dos Alemanias, y estar además entre los primeros exportadores del mundo.

Después de la unificación la *Treuhand*, considerablemente ampliada, pasó a depender del Ministerio de Hacienda, pero sin la supervisión y control del

Parlamento. La institución era soberana en la toma de decisiones: qué vendía, a quién vendía y a qué precio. Las joyas de la corona se repartieron entre los grandes consorcios alemanes occidentales: *Allianz* se quedó con la compañía oriental de seguros; *Lufthansa* con *Interflug*, *Thyssen* con la *Metallurgiehandel (MH)*, las grandes cadenas de supermercados con la *HO*, la organización de comercio estatal que formaba ya un consorcio único, con la consecuencia que desapareciera hasta el pequeño comercio que había resistido cuarenta años a la socialización. Las empresas fueron vendidas en su mayor parte a empresas alemanas: una política que se justificó diciendo que había que evitar que cayesen en manos extranjeras, principalmente japonesas. Una vez otorgadas las mejores empresas, la siguiente etapa consistió en cerrar las más difíciles de vender, *Abwicklung*, y ya sin empleados, ofrecerlas por lo que se quisiese pagar por ellas.

La privatización fue un negocio tan bueno que no ha de extrañar que cundiese la corrupción. Te vendo a ti la empresa por este precio y estas condiciones, y ya te diré donde me pagas la comisión. Los muchos procesos de fraude y estafa que han emergido en estos años –seguro la punta del iceberg– confirman la que ha sido experiencia universal: la privatización de los bienes públicos constituye el mayor negocio para los amigos de los gobernantes, pero cuando lo que está en venta es un país entero, la corrupción sobrepasa con mucho los contactos personales. Recuerdo que el entonces embajador de Argentina me decía, “algunos llevamos la fama, pero el latrocinio en la privatización supera con mucho lo que cabía esperar de una sociedad tan civilizada, como dicen que es la alemana”. La moral pública y la moral empresarial se amodorraron en un proceso de privatización que coincide en el tiempo con la transformación del capitalismo productivo en uno especulativo. Haber contribuido a la desaparición de los antiguos valores que infundieron un día al capitalismo, es otra consecuencia de la unificación de la que menos se habla, pero probablemente de un gran calado.

En estos 22 años transcurridos desde entonces los cambios han sido muchos y significativos. Limitándome a los que considero de mayor alcance, hay que mencionar, en primer lugar, la catástrofe demográfica de los nuevos Estados federados. La rápida unificación no evitó que la población mejor preparada, menor de 50 años, más mujeres que hombres, siguiese emigrando a la otra Alemania. A pesar de las cantidades ingentes gastadas en modernizar la vieja RDA, la emigración y una reducción a la mitad del que ya era el índice de natalidad más bajo del mundo, ha supuesto dos decenios más tarde una pérdida de casi 3 millones de habitantes, de los 16 que tenía. El hundimiento forzado de la economía oriental ha vaciado algunas ciudades, hasta el punto de que no ha habido otro remedio que poner en marcha un programa para sufragar parte

de los costos de demolición de más de un millón de viviendas desocupadas, y sin posibilidad de que se ocupen. Una disminución tan drástica de la población no ha impedido, sin embargo, que los nuevos Estados den las cifras más altas de desempleo y, claro está, de población jubilada.

En suma, si se quiere recapitular en unas pocas palabras los últimos veinte y tantos años de la Alemania unida, habrá que empezar por ratificar el truismo de que nada se entiende sin los veinte anteriores. Se enfrentaban dos Alemanias, con un desarrollo social, económico y político divergente, pero los dos Berlines no dejaron de tener algunos rasgos comunes, como que, al servir de escaparate del régimen respectivo, ambos estuvieran fuertemente subvencionados. Al quedar aislado en una isla insegura, Berlín occidental había contemplado impotente cómo las grandes empresas se trasladaban a Alemania occidental, quedando los funcionarios y los mayores de 65 años.

Pero la política de unificación destruyó también de un plumazo en Berlín oriental toda su economía productiva. El Berlín unido ha recuperado la capitalidad (Gobierno, Parlamento, la mayor parte de los Ministerios) que representa una fuente importante de ingresos, sin ella Berlín sería inviable, al favorecer que en la ciudad se concentre la investigación científica y la enseñanza superior, a la vez que se ha consolidado como uno de los grandes centros culturales de Europa.

Recibido: 1 de mayo de 2013

Aceptado: 20 de septiembre de 2013